

EL ECLIPSE DE DIOS

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

POCO a poco adquirimos conciencia los hombres de un hecho real que acontece en nuestro mundo: Dios se ha eclipsado. Si antes lo veíamos, como Teresa de Jesús entre los cachorros domésticos, o con Voltaire concibiéndolo como el gran Relojero de esta inmensa máquina que es el universo, hoy es preciso confesar que se nos ha esfumado. Ni en las cápsulas espaciales, ni en las grandes centrales atómicas, ni entre las grandes construcciones del hombre apreciamos ya a un Hacedor extra-muros de este mundo. Es el propio hombre el gran coloso que inventa o construye nuestro espacio vital. Y éste es el más sorprendente descubrimiento moderno, mucho mayor que el hallazgo de América por Colón, o el de los astros celestes por Galileo y Kepler.

No es, entonces, extraño que empecemos —en estos últimos veinte años— a descubrir —en nuestro Occidente— que el ateísmo crece a pasos agigantados en la masa de todos los pueblos. En 1947 se averiguó que en los países escandinavos sólo el 80 por 100 creía en Dios; y en Francia únicamente el 66 por 100. Y pensemos estas cifras a la luz de la realidad de que «hace cuatro siglos apenas, el ateísmo declarado era impensable», como afirma el profesor Vergote («Psychologie religieuse»).

En nuestros días, un ateo ya no es un original; o —como observa Sartre— tampoco es ya como antes «un maniaco de Dios que veía por todas partes su ausencia». Es un producto normal de nuestra época.

Como siempre ocurre, algunos pensadores avizoraron hace siglo y medio lo que iba a ocurrir. Hegel —el más profundo de Occidente— en 1802 aseguró que se empezaba a sentir entonces que «el mismo Dios está muerto».

Pero el profeta fue Nietzsche —el *enfant terrible* de nuestro tiempo— quien lo expresó drásticamente —más drásticamente que ninguno— anunciando que «el viejo Dios ha muerto». Y habría que preguntarse ante tales declaraciones: ¿somos los hombres de este nuevo mundo que surge quienes lo hemos asesinado?

No, ciertamente no. Con toda razón para este anti-germano pensador, han sido los cristianos quienes lo mataron, porque «el cristianismo —el de los cristianos reales que han edificado el cristianismo— es el que ha creado todo un mundo de simulación».

Y este mundo de mentira y ocultación, de secretos falsos y explicaciones engañosas —que llamábamos explicaciones piadosas—, se ha venido abajo gracias a una paradoja de tremendas consecuencias: «La falsedad —de este mundo simulado— ha sido finalmente reconocida gracias a los instintos de veracidad que el mismo cristianismo había suscitado».

Si Cristo dijo que había que decir solamente: «sí, sí; y no, no», en cambio algunos de sus discípulos nos enseñaron a mentir constantemente con toda suerte de pías subterfugios. La *restricción mental* que se nos enseñó de niños poniendo el ejemplo de San Atanasio cuando huía de sus perseguidores, contestando a la pregunta de sus enemigos que le buscaban y que no le conocen personalmente, «por aquí no ha pasado», señalando a su manga; o quién no se sentía obligado por las *declaraciones juradas* que se exigían para todo, hace sólo veinticinco años, porque no se tenía intención de jurar; son estos ejemplos bien simples de los subterfugios empleados por algunos de los que nos enseñaron la religión del Maestro, pero que están a inconmesurable distancia de Él.

Y nada digamos de otras doctrinas que se nos metieron de contrabando como legítima mercancía, y hoy se han descubierto ser falsas, como la pretendida necesidad de evadirse del mundo para ser verdaderamente cristiano; o la ciega sumisión al clero como virtud modelo del buen católico; o asustarnos con el infierno si comíamos una vez carne en viernes; o invitar al creyente a ser una máquina de fabricar el mayor número de hijos, sin orden ni medida, como testimonio de confianza en la Providencia; o pensar que la filosofía tomista —con una estructura de varios años mentales de retraso psicológico— era la única segura para el católico; o hacernos creer que el inteligente cristiano que fue Teilhard de Chardin era sumamente peligroso.

Hemos canonizado, los cristianos prominentes, la mentira para asustar conciencias y tenerlas dominadas, sin atreverse casi nadie —viviendo una especie de calambre psicológico— a pensar por cuenta propia. Se nos había mantenido —como dice el padre Lepargneur, O. P.— como *menores de edad* en la Iglesia, cuando sin embargo habíamos alcanzado «la mayoría de edad en el mundo,

como responsables de una familia, o de una actividad profesional». Esa era la postura infantil que aceptábamos; y hoy tenemos la sensación —como me confesaba hace pocos días un buen amigo católico muy conservador— que se nos ha engañado.

Si Jesús expulsó a los mercaderes del templo. Si proclamó a su Iglesia como universal. Si quiso como virtud fundamental la sencillez. ¿Qué ocurrió —nos preguntamos— al pasar los siglos?

Que se comerció con los problemas de conciencia, en el matrimonio por ejemplo, necesitando muchas veces fuertes cantidades de dinero para encauzar los fallos que en la unión de hombre y mujer se presentaban inopinadamente.

Que los presidentes de esta comunidad cristiana —los Obispos— se encuentran frecuentemente presentes más que nada en «bodas principescas», y se sienten silenciosos ante «los grupos sociales dominantes», como dice el padre Loew, O. P. («Le dynamisme de la Foi»). Lo que produce, con toda razón, «entre los más pobres y los más abandonados, a menudo, una ocasión de escándalo» (P. Loew, O. P.). Ya no se acuerdan algunos de ellos que el Fundador de la religión que gobiernan amenazó duramente a aquéllos por quienes viniera el escándalo de los «pequeños» de este mundo, que son los obreros o los jóvenes —quienes más los critican—, y son pequeños porque están en vías de desarrollo y no por otra cosa.

Que se estrecharon a través de los años y los siglos las filas del grupo, de nuestro *ghetto* católico, haciendo del particularismo nuestra más pura esencia religiosa: lo español resultaba así lo más católico; nuestros derechos más fuertes que los de los demás; nuestra libertad, intransigencia para los otros, y las leyes que propugnábamos eran para beneficio propio y no para convivencia de todos. En vez de haber vencido todo estrecho particularismo con un sentido más universal y comunitario, nos aferrábamos a nuestras pequeñeces para consagrarlas como lo más representativo del universalismo católico.

LA gran verdad es que se nos ocultan los dioses, dice Heidegger, porque los hemos asesinado. Pero si bien «nuestra generación camina en la noche» (Hölderlin), hemos de reconocer que «la aparición de Dios... puede volver a comenzar» (Heidegger). Esta época nuestra es, sin duda —todos lo vemos, nos guste o no nos guste—, «la época de los dioses que han huido y del Dios que se acerca» (Heidegger, «Hölderlin y la esencia de la poesía»). **SIGUE**



Al Sr.Ortega le encanta contemplar el Jerez antes de saborearlo

Además de un buen catador es un enamorado del arte y la belleza. Siempre que Valdespino llena su copa aprovecha la ocasión para admirar su contenido. Como está mandado. Toma la copa por la circunferencia aplastada del pie, entre el índice y la yema del pulgar. Juega con ella con un ligero vaivén para gozo de la vista y también del olfato que ya empieza a percibir la fragancia del vino. Sólo después de estas ceremonias el Sr. Ortega se entrega al total placer de saborear su copa de Valdespino. Algunas veces Jerez Dulce, otras Jerez Seco y otras Jerez Tres Palos Cortados... pero Valdespino.



VALDESPINO

i...vaya vino!



EL ECLIPSE DE DIOS

Nuestra edad, en el aspecto religioso, es por eso «la edad de la ausencia de Dios» (Heidegger), con una doble carencia producida porque no tenemos ya con nosotros a los dioses que se fueron, y todavía no tenemos al Dios que está a la vista, al que se acerca.

A éste es al que los creyentes esperamos: a un Dios nuevo, porque lo divino empezamos a sentir que aparecerá bajo formas nuevas que hoy empezamos a vislumbrar. Y nuevo será para los hombres que sólo han visto al Dios que testimoniábamos con nuestras falsas vidas —incluidos nosotros los católicos—, porque habíamos cambiado la imagen del Dios verdadero —el sencillo Amor del Nuevo Testamento— por multitud de falsas representaciones, a las que invocaba uno para protegerse de la inclemencia del mundo o para implorar el privilegio para sí solo.

Dios ha desaparecido del planeta y del cosmos. Mejor dicho, se ha eclipsado el «absurdo Emperador del mundo» de que hablaba hace años el filósofo católico Maritain, cuando todavía no era integrista. Porque Dios no es una especie de capitán Nemo —como el inventado por Julio Verne en sus novelas— que viene en socorro de los naufragos de la existencia, sacándolos espectacularmente del peligro.

Dios es, para el cristiano, el Amor. Por eso Dios es «el innominado y el innominable» de San Alberto Magno. Y, sin embargo, le habíamos puesto tantos nombres —haciendo de cada uno un ídolo— que el verdadero Dios se había eclipsado tras los artificios que adorábamos; y ahora, al asesinarlos los hombres, no encuentran éstos nada detrás, porque todavía tienen el secreto deseo de que Dios sea aquello que representaban tales ídolos, y éstos han desaparecido. Dios no está detrás de las cosas o de los ídolos que usábamos, sino en el Amor.

Nos ocurre a algunos cristianos de hoy —por eso mismo— que coincidimos con los ateos en ese destronar al falso «Emperador del mundo» que nos agobiaba con su poder arbitrario, y a veces los religiosos, de esa religiosidad de errónea y desviada inflación, «nos llaman ateos, y ciertamente lo somos de esos pretendidos dioses», como les pasó a los primeros cristianos, según cuenta en sus *Apologías* San Justino.

En aquel mundo religioso pagano se encontraron los seguidores del Evangelio como extraños naufragos en un mar que les ahogaba. Y hay que confesar noblemente que muchos hombres religiosos de hoy —católicos incluidos— son más deudores de ese paganismo religioso que del sencillo cristianismo; y por esta causa presentaban —y presentan— un Dios falso, pagano, a los hombres contemporáneos, y no el Dios vivo del cristianismo. De ahí que otros muchos confesemos que nos sentimos ateos de ese falso dios —lo mismo seamos seguidores del Evangelio que ateos de convicción—, y afirmamos que el cristiano auténtico «frente a ese Dios, es un perfecto ateo» (Maritain, «Significado del ateísmo contemporáneo»).

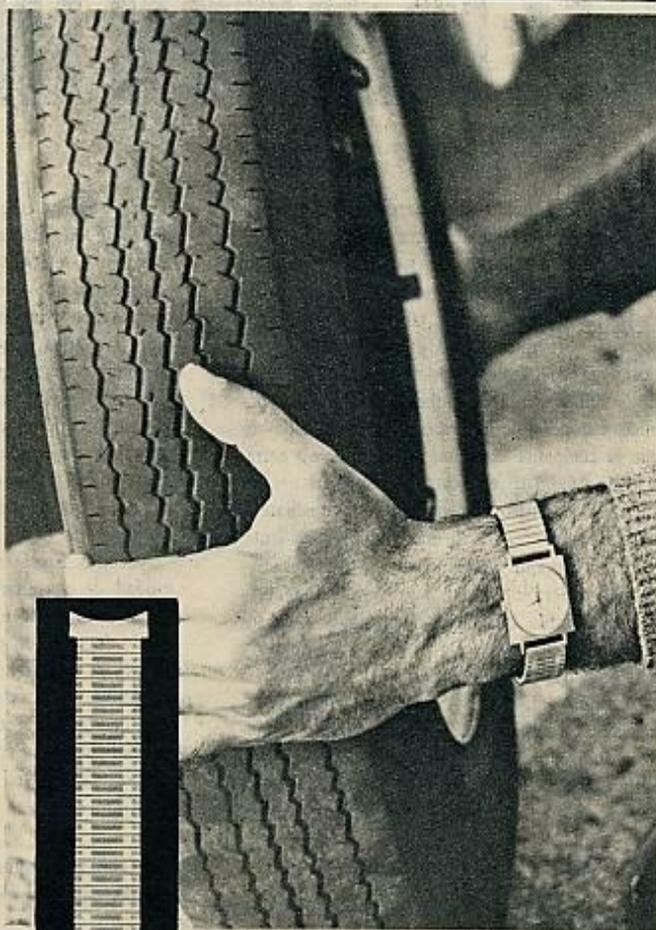
Incluso me atrevo a decir —con Maritain— que «el ateo absoluto no es lo bastante ateo». Todavía de su postura negativa hace un ídolo, una obsesión; todavía le da un nombre a lo que vive, y quiere expresarlo en acabados conceptos, aunque estos conceptos sean negativos.

Sólo el cristiano auténtico derroca este último reducto de estos sutiles ídolos que alienan al hombre; y hace la guerra —en unión de cualquier hombre de buena voluntad— a este Júpiter tonante, a este fabricante del bien humano que sólo reparte beneficios a sus privilegiados, a este «Dios de los poderosos y los ricos» (Maritain). Y esta guerra la lleva a cabo sólo con el arma de la autenticidad y del amor, movido por esa fuerza íntima —que nosotros creemos divina— de llegar a hacer definitivamente un mundo nuevo y unos cielos nuevos, que ya están en marcha por su esfuerzo y que se realizarán plenamente cuando los dominadores y explotadores de la sociedad humana sean vencidos definitivamente con nuestro trabajo libre, único poder real de liberación de la humanidad futura.

Los ateos —tenemos que convenir según eso— son nuestros mejores amigos, nuestros más cercanos aliados, porque son «la sal que impide que nuestra creencia en Dios se corrompa», como decía a sus alumnos el filósofo francés J. Lagneau a finales del siglo pasado.

E. M. M.

practique cualquier ejercicio por duro que sea...



Extensibles
sin cierre

RoWi
BARCELONA

¡su reloj queda a salvo con
FIXO-FLEX!

Es una sujeción firme, segura,
elegante, especial para perso-
nas de acción.

Se suministra en CHAPADO
DE ORO LAMINADO Y
ACERO INOXIDABLE en la
conocida calidad de ROWI, de
ABSOLUTA GARANTIA.

Modelos STANDARD Y SU-
PRA FIXO-FLEX para señora y
caballero. Modelo MINI FIXO-
FLEX para los jóvenes.

PULSERAS PARA RELOJES



PATENTES MUNDIALES

VENTA EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DEL
RAMO (Relojerías, Joyerías, Bisuterías, etc.)